

# Presentación

## PRESENTACION

¡Los sueños otra vez! Sí, volvemos sobre lo trillado, no para redundar, sino para cuestionar: oniro-crítica, digamos. El estereotipo: a eso apuntamos. De lo que el psicoanálisis está plagado. Los textos que aquí publicamos no tendrían el menor sentido si, de una manera u otra, no discutieran el funcionamiento de algunos lugares comunes que se reproducen en el “dispositivo analítico”.

Como cualquier dispositivo, todo está allí montado para conjurar el acontecimiento, la novedad. No importa qué se diga, aun cuando el tema sea de lo más candente: que no pase nada, que nada se conmueva –Lacan mismo lo recalca al comienzo de su seminario sobre el acto. De allí que el psicoanálisis, tanto en intensidad como en extensión, funcionando como un “dispositivo”<sup>1</sup> constituya un ensamblaje listo para mantener el orden de los fenómenos, el curso normal de los hechos, es decir, que lo que se dice se reduzca a todo lo ya sabido, a lo que ya ha sido enunciado por alguna autoridad: que todo pase por la grilla de lo ya escrito, que ninguna nueva enunciación salga a nuestro encuentro y nos haga pensar. En tal dispositivo la diferencia se vuelve amenaza; lo mejor es que no pase nada, que sigamos con la misma somnolencia. El retorno de lo mismo, de la identidad, sin miras en los puntos de singularidad. Así las cosas, lo que en un momento había desestabilizado cierto arreglo previo o pulverizado cierta disposición anterior, se pretende que sea norma inamovible, perpetua o, al menos, perdurable.

Están aquellos a quienes les encanta sentenciar lo que conviene y lo que no conviene al psicoanálisis, ¡a la doctrina! Que tal autor sí, que tal cosa no.

---

1 Hemos encontrado que la expresión, hoy en boga, se remonta a Althusser, quien entendía el “dispositivo de la cura” como una situación experimental comparable a los montajes experimentales de las ciencias experimentales conocidas. Cf. Louis Althusser, *Initiation à la philosophie pour les non-philosophes*, PUF, Paris, 2014, pp. 297-299.

La imagen dogmática que se tiene del análisis... Cuando se nos dice qué es el campo analítico, a menudo, lo que se hace es trazar una frontera disciplinaria. Aun cuando se defienda que el psicoanálisis no es una disciplina. Se controla, se discipliniza. Controlar que las cosas no pasen de cierto nivel de intensidad, que no nos afecte tanto. ¿Pero qué demonios se quiere preservar? ¿Qué grietas se pretende evitar?

“¿Qué tiene que ver esto con el psicoanálisis?”. Estribillo que se escucha a menudo cuando uno cualquiera intenta decir algo en público de cierta forma que no se asemeja a la que se espera, allí donde lo que se muestra no tiene relación con lo que se lee o escucha. Que podamos reconocer: que todo lo que se presente pueda ya reconocerse, y lo que no se reconoce, lo que efectivamente sale a nuestro encuentro, quede por fuera del campo (freudiano). Linda jugarreta del dispositivo.

Al psicoanálisis no se lo reconoce, no se lo ve en aquello que se dice. Aunque para algunos rompa los ojos, para otros nada. Si eso sucede, ¿será porque no pertenecemos, al menos por el momento, al mismo régimen de evidencias, porque no tenemos las mismas maneras de ver? ¿Acaso compartimos la misma experiencia política, psicoanalítica? Seguramente gocemos de otra sensibilidad. ¿Pues quién dice que nuestros cuerpos deban estar afectados por una misma forma de ejercicio del análisis! Al decir de Lacan: cada analista debe reinventar el psicoanálisis. Y si es cierto que el psicoanálisis tiene algo que ver con las artes de vivir, ¿por qué habríamos de llevar la misma forma-de-vida? ¿Acaso el análisis puede reducirse a un único modo de praxis, fisura, existencia?

Ahora bien, ¿cuáles son los clisés sobre el sueño que, en definitiva, se cuestionan en este número? El sueño como propiedad privada, como realización de deseo (infantil), como parte de una novela meramente familiar. La ausencia de toda lógica de los sueños, la predominancia del tiempo pasado en detrimento de la actualidad o el futuro próximo, la preeminencia de la lectura literal. Que todos los sueños sean a interpretar (fiebre hermenéutica), que estén provistos de sentido (sexual), o incluso que deban analizarse sin más, o mejor, que deban analizarse al estilo freudiano o lacaniano. Equiparar al sueño con la locura, erigirlo en vía regia al inconsciente se nos presenta demasiado apresurado.

Pero no se trata de ser prescriptivos: por un lado, agotaría la dimensión enigmática del sueño; por el otro, la diversidad de sus análisis. En las variadas recopilaciones de sueños que aquí se mencionan, se verá que no todo el

mundo da el mismo valor a sus sueños, que cada quien hace cosas diferentes con ellos: los desestima, los descifra, los olvida, los guarda en su recuerdo, o bien los transcribe, los colecciona, los pinta, experimenta con ellos.

Experiencia onírica y experimentación con los sueños, dimensiones próximas, aunque irreductibles, destacadas por Foucault y por Deleuze/Guattari, respectivamente. Experiencia imaginaria, o bien de iluminación o de sensación... y hasta de subversión. Siempre implicando alguna metamorfosis o transformación (animal, kafkiana, sin nombre). Experimentación con la escritura y la pintura de los sueños, con sus signos de lenguaje o de placer. De allí que Marcelo Piriz haya sido el primer lector de estos textos sobre sueños. Con su arte espacial ha pasado a otro registro los efectos de esas lecturas, haciendo visible otro modo de lo decible.

Lo cierto es que hay toda una micropolítica del sueño. Hoy podemos decir que la guerra, por ejemplo, no sólo cambia la forma de analizar (los sueños) sino la manera misma de soñar, pues esta no es ajena a la vida política y social. Entre las premoniciones de los acontecimientos por venir, y el retorno de los deseos del pasado, hay toda una especie de onirocrítica del presente. ¿Qué es ese “ahora” dentro del cual estamos unos y otros, y que es el lugar desde el cual soñamos? ¿Qué es pues precisamente este presente al cual pertenecen nuestros sueños? ¿Cuál es su actualidad? ¿Y qué produce el hecho de que soñemos con ella?

Es justamente sobre dicha actualidad, la nuestra, que se interrogan el resto de los artículos que conforman este número: sobre sus diversas guerras de clase, de sexo, de raza, o incluso –para decirlo en términos de Guattari– sobre sus “guerras de subjetividad”<sup>2</sup>.

Es por ese sesgo que nuestro horizonte se une a la subjetividad de nuestra época. ¿Quién puede cuestionar que los psicoanálisis no hayan estado profundamente marcados por las guerras dentro y fuera del Estado? Sus efectos desplazaron sus síntomas, renovaron sus conceptos, sus geografías trazaron. Pero eso no es cuestión del pasado. La guerra sigue estando en curso, variada en forma y discurso. Pero nuevamente se trata de una evidencia, es decir, una visión en común que no busca argumentar, convencer ni demostrar.

Se nos ha vuelto patente cómo en medio de ciertas experiencias-experimentaciones de lucha de los movimientos, el cuerpo y el lenguaje, sus

2 Jean Oury, Félix Guattari, François Tosquelles, *Pratique de l'institutionnel et politique*, Ed. Matrice, Vigneux, 1985, p. 53.

gestos y sus viajes, son llevados hacia un límite que nadie podía imaginar. Se producen allí nuevos comunes, nuevas formas de vida, nuevos modos de subjetivación. Otros espacios también: plazas, calles, bosques ocupados. El psicoanálisis que se desentiende de eso, ¿no se vuelve ciencia, clínica, pastoral? Situar el análisis entre los discursos de las guerras: hete aquí nuestra forma de conjurar.